

Humear la muerte



No lo podía creer, me parecía mentira...
¡Pasarme esto, a mí...! ¡Justo a mí...!

El silencio se me hizo dueño absoluto del pasado, como pretendiendo tan solo vivir en el presente y sin saber para nada de problemas. Brumas, cenizas y neblinas, para olvidar y negar aquello, que dejó ahora de ser y que ya fue, y que nunca más volverá a ser. Es terrible saber que no seré, es terrible saber que ya no soy...

Nunca se supo bien que me pasaba. Solo se supo que un buen día, y vaya a saber en que momento, mi paz se dejó ir, se largo a andar, sin planes ni estrategias, como en un río perdido entre montañas. Cáncer, cáncer me dijeron. Cáncer, fue el diagnóstico. Seis letras, tan solo seis, seis, seis, seis... y sin embargo es el nombre completo de la Bestia.

Y fue en esa mañana que hasta mis pies le llegó tímidamente, una de esas tantas hojas barridas por el viento. La sentencia se llamaba biopsia. Era el otoño, con nostalgias y amarillos. En mi bolsillo, aparecieron los caramelos de menta que me asombraban de chico, aquellos que nos dejaban ese gusto amargo, mientras esperábamos al feo Apocalipsis en pantuflas, repasando por las veredas tristes de la infancia. Fue prosaico, escuchar esas palabras en la boca de mi médico.

Pantalones cortos y medias tres cuartos. La siesta era tan sagrada como ahora. El tibio sonido del extenso universo se filtraba en mis oídos y en cada enfermo que había disperso por el barrio, pues yo veía que todo era un conjunto armonioso, inexplicable, aunque el enfermarse también era un esconderse de la vida. Y así pasó el tiempo y poco a poco, me fui convenciendo que la salud se hace y que sigue haciéndose, en una anatomía perdida a la deriva. Ser feo y ser enfermo, es solo una cuestión de tiempo. Me lo enseñó mi infancia, me lo enseñó mi barrio, me lo enseñó la vida...

Mi familia, mis amigos, todos, todos, todos, ahora me miran y remiran... Miradas que pintan verdades imperfectas, donde apenas las palabras sirven para protegerse del horror de la verdad, que anida en cada diagnóstico de cáncer y que explota en tratamientos que no existen. Aunque me mientan y me digan que si, que existen. Mienten, miente, mienten... No por mí, lo hacen por ellos. Me hablan, pero en realidad se hablan a si mismos. No quieren que yo le pierda el temor al cáncer, sino que quieren el perderselo ellos...

Hospital de cáncer, oncológico y no lógico. Afuera el sol siempre brillando y adentro las sombras de las paredes antiguas, que cobijan a los despojos de aquellos que siempre van quedando. Es feo el cáncer porque miente, porque es falso, porque es artificial, porque pretende ser bonito y porque sonrío sin motivo, en la cara de los sanos.

Análisis, tomografías y más y más estudios. Fragmentos y fragmentos que siempre se refieren al eterno derrumbarse del haber perdido y para siempre, el tortuoso camino inseguro de los sanos. Parece mentira y no creíble, pero el saber que tengo un cáncer incurable, me hace sentir

invulnerable. Ya nada peor puede pasarme, ni herirme, ni asustarme, al saber que tengo la sentencia de muerte en mi cabeza. Yo, soy yo... Y ahora lo saboreo, lo disfruto, en una lenta venganza terminal y *justiciera*.

- *Esto, bueno, usted sabrá... que le vino, por culpa del cigarrillo ¿no? – mientras me mira el médico a los ojos, va esperando una reacción – ¿Sigue fumando, actualmente?*
- *¡Y, sí...! ¡claro que sigo fumando! – me encojo de hombros – ya soy invulnerable al alcohol y al cigarrillo. Peor, no pueden hacerme... Ahora los disfruto.*
- *¿No tiene miedo?*
- *No. Ustedes los sanos, son los que tienen miedo. Yo tengo la absoluta certeza de la muerte.*

Estar condenado te enseña a disfrutar cada segundo... ya no hay futuro, solo hay pasado. Solo hay lo que hiciste y lo que ya nunca habrás hecho. Solo hay certezas, como el saber que la vida pudo haber sido mucho peor. Morir condenado y morir joven es estar conciente de la infinita diferencia entre la vida y lo que llamamos muerte.

El cáncer me avanza y me arrolla en su crecimiento exponencial. Lo siento caminar por dentro mío... y morderme, masticarme. Mientras tanto espero, prendo un cigarrillo y me fumo hasta el último suspiro de mi vida ¿Por qué no?

Me espera el cielo o el infierno... no lo se. Pero elijo donde me dejen fumar.

Fin
Fin